

# Los rasgos sinodales en la misión del P. Rafael García Herreros

P. Hermes Flórez, cjm

Facultad de Estudios Bíblicos, Pastorales y de Espiritualidad

## Introducción

Caminos de bosque es la traducción castellana de la expresión *Holzwege*<sup>1</sup>, con la que se conocen una serie de conferencias, ensayos y lecciones de Martín Heidegger sobre el origen de la obra de arte, la época de la imagen del mundo, el concepto de la experiencia de Hegel, la frase de Nietzsche “Dios ha muerto”, la pregunta sobre los poetas, y una sentencia de Anaximandro, textos que cubren un poco más de una década (1935-1946). Allí el autor nos ofrece diversas “trochas” (propias del bosque) en la búsqueda de la verdad, que implican un caminar lleno de paciencia y de fatiga y que “siguen un trazo diferente, pero siempre dentro del mismo bosque” (Heidegger, 2015, p. 9). El mismo autor (2015) también nos refiere al hecho, en el contexto de la época de la imagen, de las diversas imágenes que el hombre subiectum diseña sobre el mundo desde su idea de verdad. De hecho, el mundo de la época moderna sería aquel que nosotros mismos reproducimos.

Para nuestra reflexión sobre los rasgos sinodales en la Misión del P. Rafael García Herreros son de gran utilidad las dos ideas: *Holzwege* e imagen. Por una parte, porque para entender los rasgos sinodales en la misión del P. Rafael García Herreros es necesario recorrer diversas sendas, con paciencia, dentro de un bosque que nos ofrecerá caminos que se recorren en perspectiva eclesial;



Tomado de : <https://www.eudistasmd.org/index.php/p-rafael-garcia-herreros/>

y, por otra parte, porque nos confrontaremos sobre la manera como esa visión de Iglesia puede contribuir a definir una imagen sinodal de la misión que desarrolló y cuyos rasgos pretendemos introducir.

Para delimitar nuestro trabajo abordaremos el libro del P. Rafael Nuestra amada Iglesia (2017), que nos sirve de brújula en medio de este bosque con diversos caminos, desde el cual nos remitiremos a precisar alguna idea desde otros escritos.

Con la intención de acotar el uso de la palabra “misión” en el contexto de la proposición de los “rasgos sinodales”, recurrimos a la publicación del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), que, en el año 2024, realizó el Congreso latinoamericano y caribeño sobre la

teología en clave sinodal para una Iglesia sinodal y como aporte a la sinodalidad misionera. También nos apoyaremos en la visión de misión e Iglesia del Concilio Vaticano II.

## La comprensión de misión en una Iglesia sinodal

El Concilio Vaticano II (1962-1965) fue un acontecimiento fundamental para la vida de la Iglesia y en él claramente se pueden encontrar expresiones que invitan a la reforma. En el horizonte del Vaticano II es de capital importancia la Constitución *Lumen Gentium* (1964), que expone lo que algunos han llamado el “giro eclesiológico” del Concilio, al profundizar en el misterio trinitario de la Iglesia, en el que encuentra su misterio de comunión como Pueblo de Dios. Pero también llama la atención el Decreto *Ad Gentes* (1965) que expone la actividad misionera de la Iglesia: “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen en la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre. Pero este designio dimana del *amor fontal* o de la caridad de Dios Padre que, siendo Principio sin principio, engendra al Hijo, y a través del Hijo procede el Espíritu Santo [...] (Concilio Vaticano II, 1967, p. 747).

Subrayo, además, que el Decreto *Ad Gentes*, subtítulo “Sobre la actividad misionera de la Iglesia”, podría dar la impresión de dedicarse a reflexionar sobre la misión como un “hacer” (actividades) de la Iglesia. Sin embargo, su punto de partida lo constituyen los principios de la actividad misionera de la Iglesia, que encuentra en la Trinidad su fuente. De ahí que se pueda interpretar claramente que la Iglesia es esencialmente misionera: la *Missio Ecclesiae* es *Missio Dei*, es decir, *Missio Trinitatis*.

Sin embargo, como sostiene Ínsero (2007), “es más exacto hablar de un progresivo redescubrimiento de la centralidad de la misión en la vida de la Iglesia, en cuanto que la

Iglesia siempre ha tenido conciencia, aunque en modo diverso en el curso de los siglos, de su misionalidad” (p. 491). No es de extrañar, por tanto, que en la teología posconciliar se habla de una “eclesiología en torno a la misión” (Nitrola, 2025, p. 27) y que, en términos más amplios, la perspectiva conciliar sea el evento hacia el cual haya confluído toda una reflexión sobre la misión, iniciada ya en el siglo XX con *Maximum Illud*<sup>2</sup> (1909), considerada por algunos como el “primer documento moderno de las misiones” (Montoya, 2020, p. 13; Guerrero, 1992, p. 11), que fue configurando un nuevo modo de pensar la misión y nuevas inspiraciones del Espíritu Santo (Steffen, 2020, p. 38) por medio de las encíclicas *Rerum Ecclesiae* (1926), *Evangelii Praecones* (1951), *Fidei Domum* (1957) y *Princeps Pastorum* (1959).

Desde esta perspectiva, se puede comprender cómo el planteamiento del Concilio Vaticano II es, en realidad, un punto de llegada de una visión de Iglesia y, por tanto, de la eclesiología, y de la misión, pero también un nuevo punto de lanzamiento. Estos nuevos inicios o profundizaciones sobre el fundamento de la misión son los que asume una reflexión de la misión y de la eclesiología en clave sinodal, las cuales fueron expuestas por Biord y Bueno de la Fuente en el Congreso latinoamericano y caribeño sobre teología sinodal, específicamente en cuanto a la sinodalidad misionera.

En este marco enraizado en el Concilio, Monseñor Raúl Biord (2024), arzobispo de Caracas (Venezuela) y doctor en teología de la Pontificia Universidad Gregoriana, sobre la lógica conciliar, asegura que “la economía revelada en Jesús y por Jesús de Nazaret nos muestra a Dios como Trinidad de personas, íntima comunión de tres personas que viven entre sí una mutua comunión y comunicación [...]” (Biord, 2024, p. 224). Esta Trinidad inmanente sale de sí (misiones extratrinitarias del Hijo y del Espíritu) para la salvación del mundo y del hombre. Por tanto: “No hay otra perspectiva para acercarse al misterio trinitario que la dinámica de la comunión trinitaria. Nuestro

Dios viene al encuentro del ser humano para hacerlo partícipe de su misterio de comunión y misión. La misión de la Iglesia consiste en prolongar esta misión divina anunciando a los hombres el amor y la alegría de la Trinidad, comunicando vida, anunciando el kerigma [...]” (Biord, 2024, p. 225)

Entendida así la misión, se deduce que esta no pertenece al hacer de la Iglesia, sino que abarca su propia identidad o su ser, por lo que el mismo autor la aborda en términos de espiritualidad y conversión: de esta manera, la misión de la Iglesia es continuación de la misión de Dios, lo que hace que la Iglesia no sea dueña de la misión, sino su servidora, aspecto que le revela su fundamento trinitario.

Por su parte, Eloy Bueno de la Fuente (2024), sacerdote y miembro de la Comisión Teológica del Sínodo sobre la Sinodalidad, hace una lectura de la misión desde la Iglesia europea: “Se va viendo con claridad que la misión de la Iglesia existe en el seno de la economía trinitaria, de la *Missio Dei*, de la misión del Hijo y del Espíritu. Ello provoca un cambio de paradigma eclesiológico: la Iglesia existe porque hay una misión que cumplir; la misión no solo antecede a la Iglesia, sino que la llama a la existencia” (Bueno de la Fuente, 2024, p. 250).

Bueno de la Fuente sostiene que concebir la misión de este modo ciertamente invita a pensar que la Iglesia de personas es llamada a la existencia por esa misión que la precede y, por tanto, sería ilógico pensar una Iglesia existente y configurada a la que después se le encarga una misión. Por eso la Iglesia existe para ser enviada, porque hay una misión que la precede.

En otros ámbitos de análisis de la cuestión, Dal Toso (2023) reflexiona sobre este mismo horizonte de sentido; la misión no es una finalidad del existir de la Iglesia, sino la razón misma de su existencia: “Cuando decimos que la Iglesia es misionera por naturaleza,

estamos definiendo su ser: la Iglesia es la misión confiada por Dios Padre a su Hijo Jesucristo”. Evidentemente que estas concepciones hacen avanzar y ampliar el horizonte de la idea de misión, como expone Santos (1991), quien ofrece una mirada detallada de la misión desde dinámicas anteriores donde se entendía como solo predicación del Evangelio a los paganos y la conversión de sus almas por la predicación.

Esta idea de Iglesia como esencialmente misionera estuvo presente en el pensamiento y la praxis del Siervo de Dios P. Rafael García Herreros, sobre todo si tenemos en cuenta que el Concilio Vaticano II fue un aspecto crucial que seguramente marcó sus treinta últimos años de vida y praxis. La idea misma de Iglesia (como cuerpo y alma), así como la convicción personal de que la finalidad de la Iglesia católica es la transmisión del Evangelio por todas partes (LG 17; DH 4141) ya que es la misión que ha recibido de Jesucristo, le permitían transitar sendas entre un llamado continuo a repensar la fidelidad al Evangelio ad intra y a comunicarlo por todas partes ad extra, inclusive a quienes no profesaban la fe. El P. García Herreros no tiene reparos para decir que la Iglesia necesariamente debe ser proselitista, porque para eso ha sido enviada.

### **La comprensión eclesial para la sinodalidad misionera: el P. García Herreros**

Para una adecuada sinodalidad misionera, es importante considerar la visión de Iglesia que está detrás de quienes se dedican a reflexionar y a proponerla como estilo de vida, no porque la Iglesia en sí cambie, sino porque cada día sigue creciendo y renovándose a la luz del Evangelio. En efecto, la imagen que el Siervo de Dios P. Rafael García Herreros tuvo sobre la Iglesia respondió a diversos contextos históricos, en los cuales siempre mostró su fidelidad y obediencia, sin poner en duda la doctrina inmutable, pero sabiéndola diferenciar de lo que puede ser transitorio.

Este punto reviste especial interés al reflexionar sobre una Iglesia con rasgos sinodales porque, según sea la visión de Iglesia y de misión, también lo será en lo tocante a las realidades eclesiales que deben reflexionarse producto de esta convicción inicial. Así, la misión garciaherreriana es una manifestación del ser eclesial, como lo recordó el Concilio Vaticano II. Abordemos esta unidad misión-Iglesia desde el Vaticano II, diferenciando tres aspectos que pueden encontrarse en el P. Rafael: 1) La imagen de la Iglesia antes del Concilio Vaticano II; 2) La imagen de la Iglesia en el desarrollo del Concilio Vaticano II (1962-1965); 3) La imagen de la Iglesia después del Concilio.

Cabe señalar que en el postconcilio hubo varios acontecimientos que podrían ahondarse en el futuro por su impacto en la vida del P. Rafael: a) La Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín, que aplicó a América Latina el Concilio Vaticano II; b) El Congreso Eucarístico, que para el P. García Herrerros tiene una hermosa armonía en la divinización del trabajo; c) La Renovación Católica Carismática, como aquel “nuevo Pentecostés” para la renovación eclesial.

### La imagen de la Iglesia antes del Concilio: *Mystici Corporis Christi*

Es evidente en la obra Nuestra amada Iglesia (2017) la imagen de Iglesia que el P. Rafael García Herrerros enfatiza antes de los años 60 del siglo XX: la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo. Es importante recordar igualmente que en el año 1943 el papa Pío XII (1939-1958) publicó la Carta Encíclica *Mystici Corporis Christi* sobre el Cuerpo Místico de Cristo (1943) donde el Pontífice expone no solamente el aspecto místico, sino también el cuerpo “orgánico y jerárquico” de la Iglesia. Sus casi 20 años como vicario y representante de Cristo parecen haber influenciado las perspectivas eclesiales del P. García Herrerros, según se puede interpretar de varios “Minutos de Dios” transmitidos.

Por tanto, la imagen de Iglesia que posee el P. Rafael García Herrerros tiene detrás esta perspectiva que ciertamente no es nueva. De hecho, aunque no tiene un tratado eclesiológico, Santo Tomás (1960, p. 383), en el tomo XI de la Suma Teológica, ofrece importantes reflexiones en el sentido del cuerpo del cual la cabeza es Cristo. En su respuesta a dificultades de quienes consideraban que Cristo no era cabeza de los hombres en lo tocante a los cuerpos, responde que, aunque el cuerpo humano está ordenado al alma, que es su forma, esta le comunica las propiedades que le pertenecen al cuerpo según su naturaleza y, por ser el cuerpo el motor, el alma se sirve de él instrumentalmente. Al interpretar cristológicamente esta analogía, ofrece detalles importantes que conoce el P. Rafael: “Hay, pues, que afirmar que la humanidad de Cristo posee un poder de influencia en cuanto unida al Verbo de Dios, al cual el cuerpo se une por medio del alma. Por tanto, toda la humanidad de Cristo, tanto su alma como su cuerpo, influye en los hombres, en sus almas y en sus cuerpos: principalmente en sus almas y secundariamente en sus cuerpos” (Santo Tomás, 1960, p. 381).

De acuerdo con el ejemplo, que también podríamos aplicar a nivel eclesial, existe esta unión sin confusión del Hombre-Dios en cierta manera en la Iglesia, constituida de cuerpo y de alma: la Iglesia, que es santa y pecadora, encuentra en Jesucristo su paradigma de purificación y de reforma. Por tanto, la humanidad y divinidad de Jesús puede ofrecer la posibilidad de reflexionar sobre el elemento humano y divino de la Iglesia.

El sacerdote cucuteño puede diferenciar claramente entre lo que pertenece al elemento humano de la Iglesia (la jerarquía, sus templos, su jurisdicción, su liturgia, sus sacramentos, etc.) y su esencia divina (la gracia, la sinceridad del amor a Dios, etc.). Sin embargo, “la esencia de la Iglesia cristiana es Jesucristo, con toda su realidad y con todas sus exigencias” (García Herrerros, 2017, p. 126). Comprendida así, se puede precisar también (lo veremos más adelante) que

sea una Iglesia siempre “imperfecta y siempre transformándose”, a la luz del Evangelio, que ayuda a caminar rectamente.

Otra idea precisa -dada la brevedad de nuestro espacio- en el mismo contexto de cuerpo y alma, le sirve al P. García Herreros para hablar de este Cuerpo Místico. Tomemos nuevamente las categorías de Santo Tomás sobre el acto y la potencia. Se trata de quienes pertenecen al cuerpo místico: la Iglesia triunfante, purgante y peregrinante por relación al ser de la gracia (acto) y quienes no poseen la gracia, pero la poseerán (potencia). Estas ideas parecen estar detrás de la idea de cuerpo-alma del P. García Herreros. En efecto, la Iglesia es cuerpo místico de Jesús para quienes creemos en ella y es alma de gracia para “todos los que aman a Dios... aunque profesen distintas religiones” (García Herreros, 2017, p. 364). Seguramente estas ideas le abrieron inusitados caminos para el diálogo ecuménico e interreligioso.

Es importante destacar que no es la única imagen preconiliar de Iglesia que tiene el P. Rafael (por eso nos hemos referido en la introducción a la idea de “trochas” en el mismo bosque). En efecto, el P. García Herreros en la década de los cincuenta dirá que la Iglesia es sacramento y misterio (García Herreros, 2017, p. 59) y en los primeros años de la década de los sesenta ya la presentaba como “sacramento de Jesucristo en el mundo” (p. 62) y “signo eficaz del Señor”, a propósito de la elección de Pablo VI (p. 15 y 108). Esta última perspectiva fue muy profética con relación a los postulados del Concilio Vaticano II.

Finalmente, hay dos ideas adicionales que aparecen antes del Concilio Vaticano II y que estarán muy presentes en la manera como el P. Rafael piensa y ve la Iglesia: la primera es que el “cristianismo no cambia, sino que ahonda cada día más en el Evangelio, y se acerca más al ideal de Jesucristo” (2017, p. 37) y la otra, que es necesario “hacer cre-

cer a Cristo místico que quiere vivir en nosotros, en nuestra propia situación” (2017, p. 38). Seguramente esta última idea se inspira en la espiritualidad de su fundador de la comunidad eudista, San Juan Eudes.

## **La imagen de la Iglesia en el desarrollo del Concilio Vaticano II: renovada y en conversión permanente**

Durante los años de desarrollo del Concilio Vaticano II (1962-1965) encontramos algunas intervenciones del P. Rafael García Herreros que nos ofrecen una imagen de la Iglesia y también de los obispos reunidos que desarrollan bajo su liderazgo este importante acontecimiento. Sobre todo, el P. Rafael tiene muy presente las divergencias, los signos de los tiempos y las visiones de Iglesia que evidencian una permanente conversión al Evangelio (2017, p. 54), pues el “fundamento del cristianismo es conocer y amar a Jesucristo” (p. 88). Llama la atención que *Unitatis Redintegratio* (1964) afirme que “toda renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación” (1964, n. 6), por lo que siempre tiene necesidad de reforma.

El P. García Herreros (2017, p. 113), consciente de estas situaciones desafiantes en el Concilio, invita, ante todo, a la tranquilidad ante “noticias alarmistas, acerca de presuntos cismas y de hondas divergencias en el seno del Concilio Vaticano”. La ocasión le posibilita decir que la Iglesia es “inmortal” y que es el “organismo de la salvación, la presencia viva de Cristo en el mundo” (2017, p. 114), en la que existe un pequeño número de dogmas para creer y sostiene que en cuestiones sociales y científicas la Iglesia no es infalible. Concluye entonces que no hay amenaza de cisma, sino multitud de inquietudes que llegan al Concilio y que encontrarán en él una respuesta iluminada por el Espíritu Santo.

También pueden encontrarse ecos, en sus intervenciones, sobre otros documentos conciliares; sobre *Gaudium et spes* (1965) dice que “la Iglesia es eterna, permanece siempre, escruta a fondo los signos de los tiempos y los interpreta a la luz de los Evangelios” (2017, p. 122); sostiene que el cristianismo es contemplativo para “interpretar los signos de los tiempos” (2017, p. 31). También, a propósito del permiso para recitar el Oficio en la propia lengua, asegura que “la esencia de la Iglesia cristiana es Jesucristo, con toda su realidad y con todas sus exigencias” (2017, p. 126).

Estas ideas ayudan a descubrir una continuidad siempre creativa de su visión de Iglesia previa al Concilio, como lo expresa en un comentario sobre *Dignitatis Humanae* (1965): “Yo mismo he dicho que la Iglesia comprende cuerpo y alma, que el cuerpo es la organización interna de la Iglesia católica: la jerarquía, sus templos, su jurisdicción, su liturgia, sus sacramentos; pero el alma de la Iglesia de Dios es la gracia, y al alma de esa Iglesia pertenecen todos los que aman a Dios en la sinceridad de su conciencia” (García Herreros, 2017, p. 143).

Destacamos que en los días previos a la muerte del Papa Juan XXIII el P. Rafael se refirió a él y su papel en el Concilio de esta manera: “Llamó a todos los cristianos a la renovación y a la autenticidad en el Concilio Vaticano II” (2017, p. 99). Este texto ofrece lo que para el Siervo de Dios significaba el evento conciliar. De hecho, suena más contundente al interpretar el deseo del Papa de “simplificación, purificación, autocrítica”. En efecto, dice el P. Rafael: “Está purificando a la Iglesia de todos los elementos extraños que hubieran podido introducirse en su divina estructura” (p. 99). De todos modos, en esta purificación es importante considerar que “en la Iglesia todo es tradicional y todo es continuamente renovado, como un árbol frondoso que va cambiando lo accidental, pero guarda intacto lo sustancial” (2017, p.

107). En efecto, lo permanente es la forma, es decir, Cristo.

Como aumento de su expectativa sobre la Iglesia que saldría del Concilio, no tenía reparos en afirmar que “saldrá una Iglesia pobre, una Iglesia que cada día se despoja más y más de ornatos exteriores inútiles, de insignias y oropeles, que cada día se acerca más a los pobres, para ser más hondamente la representante auténtica de Jesucristo” (2017, pp. 115-117). Será la Iglesia “eternamente joven, tan juvenil y eterna como el Evangelio” (p. 105), cuestiones que no dará ni el comunismo ni el capitalismo.

## La imagen de Iglesia después del Concilio: el regreso al Evangelio (evangelica vivendi forma)

Aquí queremos detenernos finalmente para dar paso a los rasgos sinodales. Es importante destacar que el P. García Herreros vio el Concilio Vaticano II como un concilio de reforma de la Iglesia. Un desafío que tenemos es encontrar los textos garciaherrerianos inmediatamente posteriores a la finalización del Concilio. Esto porque la organización del libro *Nuestra amada Iglesia* no es cronológica sino temática y muchos de los “Minutos de Dios” no están fechados.

Sin embargo, un texto del año 1966 nos ofrece la perspectiva de la Iglesia postconciliar: “Estamos en una nueva primavera, en un nuevo Pentecostés. Está apareciendo la Iglesia con toda su fuerza, con toda su juventud, ya no se cree la única, la exclusiva, la absoluta” (García Herreros, 2017, p. 116). Del mismo año es la convicción que ahora es “el regreso al Evangelio, a la autenticidad, al testimonio personal” (p. 117). En estas ideas iniciales podemos comprender que para el Siervo de Dios el Evangelio y el Concilio eran claves fundamentales: “Dos voces orientadoras hay actualmente en el mundo para el cristianismo: el Evangelio y

los decretos del Concilio Ecuménico” (2017, p. 121); ellos “son la brújula” (p. 123), indican el horizonte.

Finalmente, se pregunta si realmente el tema sea la reforma de la Iglesia o de los cristianos: “¿Qué es lo que necesitamos? ¿La reforma de la Iglesia o de los cristianos?” (pp. 124-126). Evidentemente, teniendo como referente el ejemplo de Tulio Botero, arzobispo de Medellín (1958-1979) asegura que es la época de comprometerse, de seguir los sublimes impulsos del amor (p. 191) y de testimonio personal, llegando hasta el heroísmo.

También hay otras ideas postconciliares clave como: el Evangelio que ayuda a caminar más rectamente (p. 55) y la Iglesia que es santa y al mismo tiempo necesitada de purificación: “Yo sé que la Iglesia cristiana y católica debe purificarse de muchas cosas advenedizas, de invenciones humanas que, a lo largo del tiempo, se añadieron a la simplicidad del Evangelio. Yo sé que la Iglesia está en vía de purificación” (2017, p. 94), sostenía en los años posteriores al Concilio.

Hay un aspecto que llama la atención en el desarrollo del pensamiento del P. Rafael, probablemente entre aquellos temas que inquietaban sobre el Concilio Vaticano II: el peligro de “la Iglesia presente en todo” (2017, pp. 131-132). Su perspectiva es positiva, pues la Iglesia estudia “todos los problemas con absoluta libertad... para perfeccionar la divina Iglesia” (p. 102). De hecho, el Concilio lo que ha hecho es sembrar “tal cantidad de inquietudes, ha presentado y solucionado tal cantidad de problemas que se ha extendido por todas partes la ansiedad de transformación espiritual y de la aplicación práctica de esas normas” (p. 195). Años más adelante podrá decir: “No herejías, pero sí la Iglesia renovada. No solo la jerarquía, sino también el carisma. No activismo, pero sí actividad informada por el Evangelio para cambiar el rostro de América” (p. 237). En este punto se enlazan algunos acontecimientos que sirvie-

ron para afianzar esta convicción.

Un acontecimiento postconciliar fue la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1968) y que, en cierta manera, hace avanzar o “encarnar” la renovación conciliar que el P. García Herreros no solo soñaba, sino que vivía: “Toda la inmensa fuerza de la Iglesia se va a poner en marcha en favor de los humildes (2017, p. 241), sostenía a propósito del mensaje del CELAM para esta Conferencia. En efecto, consideraba este acontecimiento latinoamericano como “el más importante acontecimiento eclesial de América Latina”, pues “inicia el renacer social de la Iglesia Católica en América Latina” (p. 242). De hecho, estaba convencido de que “toda una revolución se acerca conducida por la Iglesia Católica” (p. 243), pues “la Iglesia deja de ser la Iglesia de los ricos y comienza a ser la Iglesia de los pobres” (p. 246). Esto lo decía en el año 1968.

Otro acontecimiento, también en 1968, fue el Congreso Eucarístico internacional celebrado en Bogotá, que el P. García Herreros lee en el sentido de “renacer social” de la Iglesia, pues “lo que podría emocionar al Papa [Pablo VI] no es el templo o los obispos, sino ver a un pueblo latinoamericano en pleno desarrollo social” (p. 229), que está “haciendo la revolución pacífica y cristiana” (p. 230). Por eso, el Congreso Eucarístico tiene implicaciones en la vida social de Colombia. Sin embargo, en este mismo año, tal vez interpelado sobre el modo en que la Iglesia debe avanzar, sostiene que lo que necesita la Iglesia es “un movimiento pentecostal que la rejuvenezca” (p. 300). Por eso es importante la Renovación Católica Carismática. La idea continuará en los años sucesivos.

Al comienzo de la década de los setenta, el P. Rafael continúa con la inquietud de esa “renovación eclesial”, que ahora encuentra en el poder del Espíritu: “La Iglesia de los mármoles se derrumbó. Pero va a brotar la Iglesia de las pequeñas comunidades, que lean la Biblia,

que reciban la Eucaristía y que son inspiradas por el Espíritu Santo” (p. 163). En su voz, que sembraba siempre la esperanza, sostiene: “Está apareciendo una nueva Iglesia pura, sembrada exclusivamente en Jesucristo, que solamente está atenta a la Palabra divina, que se siente pecadora y que busca el perdón y la salvación en el Redentor. Es una Iglesia que se simplifica, que busca desesperadamente lo que es perpetuo, lo que brota exclusivamente del Evangelio” (García Herreros, 2017, pp. 161-163).

La idea de fondo del P. Rafael es que “va a suceder un nuevo Pentecostés como profetizó Juan XXIII” (p. 302), tal y como decía en 1973. Pero, ¿con qué fin? Sostenía que “este poder del Espíritu, esta alegría, esta renovación anuncian que va a venir una nueva era, la era de la verdadera cristiandad [...] cuando todos aceptemos a Jesucristo realmente en lo profundo de nuestro ser” (2017, p. 302). Dos años más tarde ya podía afirmar que “El Espíritu Santo está tomando la iniciativa en el mundo y está restaurando la Iglesia” (p. 304). Sin embargo, su participación en el Encuentro Católico Carismático Latinoamericano - ECCLA del año 1973 parece que lo marcó profundamente, ya que dos años después la recuerda así: “Vi... La Iglesia nueva. Ya no la Iglesia mediocre, de hombres que le dedican a Jesús solamente un cuarto de hora los domingos, todos los demás a la mundanidad y al pecado; sino la Iglesia de fieles que todo lo humano y toda la faena diaria lo integran en Jesús y son poseídos por la fuerza del Espíritu Santo” (García Herreros, 2017, p. 304).

Su esperanza en el liderazgo de esta renovación se acrecentó cuando ante el Papa, en el mismo 1975, los líderes de la Renovación Carismática Católica “inauguraron la nueva época de una Iglesia renovada, llena de poder, de alegría, de esperanza y de profecías” (p. 307). La fecundidad de esta época hace pensar en la “primavera de la Iglesia, la nueva dimensión de la Iglesia cristiana, la Iglesia de la absoluta fidelidad al Evangelio” (p. 310).

De hecho, el llamado es a todos, todos, todos: “Cuando me refiero a la Iglesia quiero decir nosotros los fieles, los humildes, el pueblo” (p. 310), sostenía.

Finalmente, cerca de los años ochenta (1978) recuerda cómo la Iglesia, esa que “fundada por Cristo sobre una tosca piedra en Cesarea de Filipo y colocada en una frágil nave” (p. 167) surca tempestades, olas amenazantes, pero que a pesar de eso prosigue su viaje imperturbable hacia la plenitud del designio divino. Sostiene su imagen de Iglesia como regazo tibio donde se engendran los hijos de Dios; es el Pueblo de Dios; es el Reino de Dios que anuncia Jesús; es la familia de Dios; es el regazo de los privilegiados de Dios (p. 273), de los que conservan íntegro el legado de Jesucristo, sin quitar una palabra. Es la Iglesia sacramental, mariana, martirial, de los santos y carismática (p. 274-277). Estas últimas ideas parecen consolidar finalmente su concepción eclesial.

### **Los rasgos sinodales en la misión del P. Rafael García Herreros desde su perspectiva eclesial**

Una vez recorrido el espeso bosque misionero y eclesial, nos disponemos ahora a seleccionar algunos caminos -o rasgos- que, según nuestra manera de proceder, pueden hacer de la misión del P. Rafael García Herreros un hombre “sinodal”. Evidentemente que en su contexto esta palabra no gozaba de la profundidad teológica que el magisterio reciente, especialmente el del Papa Francisco, le otorgó; pero las ideas están en sintonía con un acontecimiento común: el Concilio Vaticano II. Unas ideas que hemos encontrado en el libro de referencia nos ayudan a avanzar y a “encarnar” esta perspectiva.

### **El fundamento trinitario de la misión reclama la renovación de la Iglesia**

Hemos redescubierto el concepto de misión que abraza la sinodalidad, de manera que ya no la imaginamos como el “hacer” de la Iglesia, sino ante todo el “ser”. De ahí que se pueda decir con toda verdad: “La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar [...] Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra” (*Evangelii Gaudium*, 2013, n. 273). En sentido concreto, podemos decir que el cristiano es esencialmente misionero o no es cristiano. El fundamento de esta misión lo encontramos en la Santísima Trinidad, comunión de amor.

Si bien es cierto que la misión no siempre se ha entendido así, es necesario regresar sobre este acento porque dinamiza el ser eclesial. El P. García Herreros no imaginó una pertenencia eclesial sin la necesaria misión que es fundamentalmente anuncio del Evangelio; por tanto, no separó misión de Iglesia, sino que la supo integrar exitosamente, haciendo que todo su servicio a la sociedad colombiana fuera realmente una consecuencia de su opción por el Evangelio: y esto no es activismo, sino actividad informada por el Evangelio, como hemos recordado con las palabras del sacerdote cucuteño. Es importante precisar que, en este sentido, la Iglesia es fundamentalmente proselitista, según sus propias palabras, pues solo el Evangelio es el que puede rejuvenecer y renovar la Iglesia frente a ideologías que no hacen avanzar a la Iglesia y a cada cristiano.

### **La misión garcíaherrerosiana implica la escucha de lo que el Espíritu dice a la Iglesia hoy**

En nuestro recorrido por el desarrollo de la perspectiva eclesial del P. Rafael, pudimos conocer algunos acentos propios de su vivencia del cristianismo ligado a la época en que vivía y al momento eclesial que transitaba. Basta imaginar la Iglesia como Cuerpo

místico de Cristo, o la Iglesia como líder del desarrollo social, o de un renovado Pentecostés o de los mártires, para reconocer cómo el P. Rafael era un asiduo lector de los signos de los tiempos. En la base de esto está su convicción de que en la Iglesia “todo es tradicional y todo es continuamente renovado” (2017, p. 107), porque de lo que se trata es de ahondar cada día más en el Evangelio.

Teniendo como postulado que “yo soy una misión” porque soy cristiano, es decir, soy enviado a anunciar el Evangelio en las actuales circunstancias, se debería ahondar en esos “signos de los tiempos” para escuchar lo que el Espíritu dice a la Iglesia hoy. Para el P. García Herreros, aparte de los temas que han aparecido aquí, era claro que también el Espíritu ponía enfrente de los cristianos temas como el ecumenismo, la libertad religiosa, la hora de los laicos, la toma de conciencia de las mujeres como cogerentes del mundo, la divinización del trabajo en la santa Eucaristía.

Hoy ese Espíritu le habla a la Iglesia en el contexto de la inteligencia artificial (IA), en el desafío de la ecología integral, en las permanentes ideologías que siguen fracasando, en las situaciones de guerra: ¿Cómo llenamos de Evangelio estas nuevas realidades? ¿Cuál visión de Iglesia es la que dialoga con los signos de los tiempos? Estas son las sendas del bosque que nos mencionó Heidegger y que tenemos que transitar en búsqueda de salidas que al inicio o en gran parte del recorrido no se ven concluir.

### **Una lectura de la comunión y la participación en clave de Misión**

La Misión, fundamentada en la Trinidad, que es comunión de personas que se aman, comunica a la Iglesia el llamado para sostener su ser en una eclesiología de la comunión de todo el santo pueblo fiel de Dios. La participación de este Pueblo de Dios no es una opción, sino que es el ejercicio mismo de su vocación

como partícipe de la misión eclesial, que se fundamenta en la comunión trinitaria. No hay cristiano sin misión; no hay misión sin comunión; no hay comunión sin participación.

## Conclusión

La pareja Misión-Iglesia es inseparable en una adecuada reflexión y vivencia de la sinodalidad. No se puede concebir un cristiano que, caminando con otros hermanos, no esté en permanente salida de sí para anunciar a Jesucristo, enviado por el Padre en el Espíritu Santo. Pero el cristiano ha de descubrir su continua “conversión misionera” para ahondar cada vez más en el Evangelio. Sin esta, podría correr el riesgo de considerar la misión como una actividad externa que puede desarrollar en determinados momentos de su vida.

La visión de Iglesia es importante en el ejercicio de la misión. Cuando se la considera como una realidad que concreta una misión trinitaria en la economía de la salvación, entonces la Iglesia se considera peregrina y al servicio de la misión. Esta perspectiva la libera de la autorreferencialidad y la centralidad en sí misma, para ser decididamente evangélica y servidora de la *Missio Trinitatis*.

El P. Rafael García Herreros, en su obra *Nuestra Amada Iglesia* (2017), nos ofreció claves fundamentales para entender los rasgos sinodales en la misión: la Iglesia necesita siempre de renovación a la luz del Evangelio, renunciando a lo que no es esencial; la Iglesia es una escuela de escucha, especialmente de lo que el Espíritu le dice en cada momento histórico; y la Iglesia “siempre imperfecta y siempre transformándose” (p. 33), “santa y necesitada de purificación” (p. 55) es también aquella que adquiere una “mayor conciencia misionera” (p. 120), porque “pasaron los tiempos en que los fieles eran pasivos” y comienzan aquellos en los que los cristianos deben releer el Evangelio.

## Rasgos sinodales desde la Renovación Carismática Católica

El P. García Herreros consideró, sobre todo desde los años 70, que esta renovación eclesial sería posible con la fuerza del Espíritu Santo: “Solo el Espíritu Santo puede restablecer y salvar la Iglesia”, le dice en uno de sus cuentos al Papa Pablo VI (García Herreros, 2009, p. 293). Allí mismo le dice al Papa que la Iglesia institucional debe ser iluminada por el Espíritu Santo y volverse carismática y le pide que “desencadene en la catolicidad la obligación de leer el Evangelio [...] El mensaje de Cristo está vivo, ardiente en el Evangelio, pero la mayoría de los católicos nunca han leído el Evangelio” (2009, p. 294) y por eso son tibios.

Finalmente, en su crónica sobre el año 2012 (profético para algunos) sostiene con convicción que “la Renovación Carismática afectó toda la estructura de la sociedad, cambió a los hombres y les hizo aceptar, con toda sinceridad, las palabras del Evangelio acerca de la justicia, del amor y de la igualdad” (García Herreros, 2009, p. 316). En efecto, su pensamiento es que el cambio en la Iglesia es una realidad:

Lo que quiero contarles es el cambio que ha acontecido en la Iglesia en estos cuarenta años. La antigua Iglesia, un poco ritualista y cerrada, un poco agobiada por demasiadas constituciones, se cambió por una Iglesia abierta, fresca, fervorosa, como si fuera una nueva primavera [...] Se abandonó la Iglesia dualística, creada por los hombres, y apareció la bella Iglesia de Jesucristo, en que todo el hombre se entrega a Dios, que es la realización de la primitiva Iglesia de que hablan los Hechos de los Apóstoles, en que se oraba, se fraternizaba, se partía el pan y se oía la Palabra” (García Herreros, 2009, p. 317)

Cabe traer a la memoria otra obra suya: La Iglesia siempre en Pentecostés (2009), donde el P. Diego Jaramillo ha condensado los Minutos de Dios referidos al Espíritu Santo. Allí el P. García Herreros dice algo maravilloso: “Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos de nosotros”. Y continúa: “Sin el Espíritu Santo, nunca podríamos aceptar a Jesucristo como nuestro Salvador (1Cor 12,3); sin el Espíritu Santo, Cristo es un personaje histórico, lejano” y de esta visión trinitaria trae las consecuencias para nosotros: “El Evangelio es letra muerta; y la Iglesia, una simple organización humana; y la misión, una simple propaganda; y los ministerios, una burocracia” (García Herreros, 2009, p. 27). Con este anexo queremos dejar abierto otros Holzwege, de manera que el lector se sienta interpelado a ver los Caminos de bosque que continúan abiertos para el análisis en toda la obra del Siervo de Dios P. Rafael García Herreros en clave sinodal y que aquí sencillamente hemos querido introducir con su libro Nuestra amada Iglesia.

## Notas

- El concepto Holzwege (caminos forestales) en Heidegger se refiere a trayectos de pensamiento que se extraían o se interrumpen, desviándose de la investigación principal del Ser. Estos caminos se asemejan a senderos en el bosque que desaparecen abruptamente en la maleza, simbolizando la retirada y el extravío del pensamiento frente a la incesante tematización de los entes (cosas). Para Heidegger, la filosofía occidental ha seguido estos caminos forestales, desviándose del auténtico problema del Ser para centrarse en los objetos y en lo que es útil o práctico, provocando el olvido del ser.
- Carta apostólica emitida por el Papa Benedicto XV el 30 de noviembre de 1919. En ella el Papa Benedicto XV comienza recordando «ese importante y sagrado encargo» que se encuentra en Marcos 16,15: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura».

## Referencias Bibliográficas

- Benedicto XVI. (2005). Discurso del Santo Padre Benedicto XVI a los cardenales, arzobispos, obispos y prelatos superiores de la Curia Romana. Librería Editrice Vaticana.
- Biord Castillo, R. (2024, 10 de agosto). Sinodalidad y misión. ¿Cómo ser una Iglesia sinodal en misión? [Ponencia]. Congreso latinoamericano y caribeño: Teología en clave sinodal para una Iglesia sinodal, Bogotá, Colombia.
- Bueno de la Fuente, E. (2024, 11 de agosto). La misión, horizonte y aliento de una teología sinodal [Ponencia]. Congreso latinoamericano y caribeño: Teología en clave sinodal para una Iglesia sinodal, Bogotá, Colombia.
- Concilio Vaticano II. (1967). Documentos conciliares completos. Razón y Fe.
- Dal Toso, G. (2022, 9 de marzo). Ante el Sínodo de los Obispos (2023). Las interpelaciones desde y para la misión [Ponencia]. XXX Simposio de Misionología, Burgos, España.
- Denzinger, H., & Hünermann, P. (2017). El Magisterio de la Iglesia. Herder.
- Francisco. (2013). Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. Librería Editrice Vaticana.
- García Herreros, R. (2009). Cuentos. (Vol. 2). Corporación Centro Carismático Minuto de Dios.
- García Herreros, R. (2009). La Iglesia siempre en Pentecostés. Corporación Centro Carismático Minuto de Dios.
- García-Herreros, R. (2017). Nuestra amada Iglesia. Corporación Centro Carismático Minuto de Dios.
- Heidegger, M. (2015). Caminos de bosque. Alianza Editorial.
- Ínsero, W. (2007). La Chiesa è “missionaria per sua natura” (AG 2). Origine e contenuto dell’affermazione conciliare e la sua recezione nel dopo Concilio [Monografía, Pontificia Università Gregoriana]. Documenta Missionalia 32.
- Montoya, J. (2020). Missione e conversione: La Maximum Illud e la questione missionaria nel dibattito teologico del tempo [Ponencia]. Maximum Illud: La missione tra storia e attualità, Roma, Italia.
- Nitrola, A. (2025). Escatología ed Ecclesiologia. Sintesi del corso.
- Pío XII. (1943). Carta Encíclica Mystici Corporis Christi sobre el Cuerpo Místico de Cristo. Librería Editrice Vaticana.
- Santo Tomás de Aquino. (1960). Suma Teológica XI. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Santos, A. (1991). Teología sistemática de la misión. Verbo Divino.
- Steffen, P. (2020). Il ruolo del missionario cattolico: ideali e realtà fra la Maximum Illud e il Concilio Vaticano II [Ponencia]. Maximum Illud: La missione tra storia e attualità, Roma, Italia.

